

General Conference Daily Bulletin, 1895

El mensaje del tercer ángel (nº 25)

A.T. Jones

Voy a repetir unas pocas expresiones contenidas en los versículos con los que anoche terminamos la reunión, a fin de que el tema -o más bien este punto particular- resulte claro para todos:

En las bodas de Caná, Jesús comenzó la obra de demoler la exclusividad que existía entre los judíos.

La religión de estos era un yugo de servidumbre.

El milagro en la fiesta apuntaba directamente en la dirección de derribar los prejuicios de los judíos.

Jesús era judío, pese a lo cual se relacionó con los samaritanos, contrarrestando así las costumbres y el fanatismo de su nación. Había comenzado ya a derribar el muro de separación entre judíos y gentiles, y a predicar la salvación al mundo.

Leemos a propósito de los discípulos en Samaria:

Consideraron que a fin de demostrarse leales a su nacionalidad debían manifestar enemistad hacia los samaritanos. La conducta de Jesús les sorprendía mucho, ya que estaba derribando el muro de separación entre judíos y samaritanos, y dejaba claramente de lado las enseñanzas de los escribas y fariseos... Mientras compartieron el ministerio del Señor en Samaria, la fidelidad de ellos a Cristo mantuvo bajo control aquel prejuicio; no dejarían de reverenciarlo. Pero en su corazón no estaban reconciliados, y era esencial que aprendieran aquella lección.

Cristo no vino al mundo a socavar la dignidad de la ley, sino a exaltarla. Los judíos la habían pervertido mediante sus prejuicios y falsas concepciones. Sus exacciones y requerimientos absurdos se habían convertido en objeto de burla entre los pobladores de otras naciones. El sábado estaba particularmente rodeado de todo tipo de restricciones carentes de sentido. No se lo podía considerar "delicia", "santo", "glorioso de Jehová" ni venerable, dado que los escribas y fariseos habían convertido su observancia en un yugo de servidumbre. El judío tenía prohibido encender fuego en sábado, e incluso prender un candil en ese día. La mente del pueblo se había estrechado de tal modo que se habían convertido en esclavos de sus propias normas inútiles.

El sábado, lejos de ser la bendición para la que fue instituido, se había convertido en una maldición mediante los requerimientos que los judíos habían añadido.

Los dirigentes judíos estaban llenos de orgullo espiritual. Su deseo de glorificación del yo se manifestaba incluso en el servicio del santuario.

Cuando se vieron afligidos por sucesivas calamidades y persecuciones de parte de sus enemigos, los judíos se volvieron a la observancia estricta de todas las *formas externas* que prescribía la ley sagrada. No satisfechos con eso, añadieron condiciones gravosas a esas ceremonias. Su orgullo y cerrazón les llevó a la interpretación más restrictiva posible de los requerimientos divinos. Con el paso del tiempo se fueron rodeando de las tradiciones y costumbres de sus antepasados hasta que llegaron a considerar los requerimientos de los hombres como si poseyeran toda la santidad de la ley original. Esa confianza en ellos mismos y en sus propios estatutos, junto a los prejuicios que albergaban hacia todas las demás naciones, les llevaron a resistir al Espíritu de Dios.

Leamos ahora algunas otras citas cortas:

En todas sus lecciones Jesús presentaba a los hombres la inutilidad de una obediencia meramente ceremonial... Al no discernir las cosas espirituales, los judíos se habían vuelto terrenales. En consecuencia, cuando Cristo les presentó las verdades mismas que eran el alma de sus servicios, ellos, mirando sólo a lo exterior, le acusaron de procurar derribarlas... Él sabía que sacarían partido de aquellas obras de misericordia como poderosos argumentos para influir en la mente de las masas que habían estado toda su vida aprisionadas por las restricciones y exacciones judías. Pero su conocimiento del hecho no le impidió derribar el muro de superstición carente de sentido con el que ponían barreras al sábado.

Su acto de misericordia honraba al día, mientras que aquellos que se quejaban contra él estaban deshonorando el sábado mediante sus ritos y ceremonias inútiles.

Los judíos acusaban a Cristo de pisotear el sábado, pero él estaba procurando restaurar su significado original. Las interpretaciones de la ley que daban los rabinos, todas sus gravosas y minuciosas exacciones, despojaban al sábado de su auténtico propósito y daban al mundo una concepción falsa de la ley divina y del carácter de Dios. Las enseñanzas de ellos representaban virtualmente a Dios como dando leyes que resultaban imposibles de obedecer para los judíos, y con mayor razón para los demás. Así, en su mundanalidad, se separaban de Dios en espíritu mientras que hacían profesión de servirle. Estaban haciendo exactamente la obra que Satanás quería que hicieran; su curso de acción era una acusación contra el carácter de Dios, a quien presentaban como un tirano. Daban la impresión de que la observancia del sábado, tal como Dios la requería, endurecía el corazón del hombre y lo convertía en antipático y cruel.

Cristo no vino para menospreciar lo que habían dicho los patriarcas y profetas, puesto que él mismo había hablado por medio de aquellos hombres representativos. Él mismo era el originador de toda verdad. Toda gema de verdad provenía de él. Pero esas gemas preciosas se habían enmarcado en esquemas falsos. La preciosa luz que de ellas brillaba se había empleado para fomentar el error. Los hombres las habían tomado para adornar la tradición y la superstición. Jesús vino para extraerlas de los falsos esquemas del error, engastándolas en el marco de la verdad.

¿Dónde se podría expresar más plenamente lo que significa la expresión: “tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”, si no es en aquel pueblo y en sus servicios? Cada una de esas declaraciones es simplemente otra forma de expresar el hecho de que poseían la forma de la piedad, pero careciendo del poder de ella. Actualmente estamos en un tiempo de la historia en que tener una apariencia de piedad mientras se niega la eficacia de ella es una maldición para el mundo. Las mismas verdades que se escribieron *entonces* en la Escritura en contra de aquella condición, constituyen la luz y la verdad de Jesucristo contra esa misma condición *en nuestro día*. Lo que salvaba entonces a la gente de la apariencia de piedad desprovista de poder -lo que los salvaba de aquella absurda sucesión de formas y ceremonias, del ceremonialismo y de la ley ceremonial que es simplemente ceremonialismo-, lo mismo que los salvaba de ello entonces, ha de salvarlos hoy.

¿Qué es lo que los salvaba entonces? “Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades (la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas) [o ceremonias, que eran una forma de piedad desprovista del poder de ella], para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz”. Fue rendir a Jesucristo absolutamente todo interés en el universo -logrando así la destrucción de esa enemistad- lo que los

salvó del ceremonialismo; y nada menos que eso nos salvará hoy de él. Nada menos que eso va a salvar a los adventistas del séptimo día del ceremonialismo y de seguir hoy ese mismo curso de la ley ceremonial.

[Profesor Prescott: “Quisiera asegurarme de que comprendemos claramente la idea, ya que todo parece centrarse en este punto. ¿Hemos de comprender que Jesucristo, en aquel tiempo, realmente no sólo abolió aquella ley ceremonial, sino que hizo mucho más que eso, aboliendo la ley ceremonial en todo lugar y para siempre, sin importar cómo estuviera expresada?”]

Así es; ese es exactamente el punto.

Lo abordaremos desde otra perspectiva. ¿Cuál era la causa de toda esa separación entre judíos y gentiles? ¿Por qué tenían una forma de piedad sin el poder de ella? ¿Cuál fue el problema de los discípulos cuando fueron con Jesús a Samaria? -La “enemistad”, el pecado, el yo. Pero en la enemistad, el pecado y el yo, *todo pertenece al yo*. Fue poner el yo en lugar de Dios lo que pervirtió, no solamente los servicios y las formas de servir que Dios había señalado, sino que añadió ceremonias y normativas humanas, tal como hemos leído ya. ¿Qué propósito buscaban? -Ser salvos, ser justos. Pero no hay una sola forma de ceremonia -ni siquiera las que el propio Dios prescribió- que pueda salvar al hombre. Ahí es donde se confundieron y donde se confunden miles de personas. Eso es tener “apariencia de piedad, pero [negando] la eficacia de ella”, y es ceremonialismo. Si te atienes a ello, te estás adhiriendo a la ley ceremonial, que fue abolida cuando Cristo abolió la enemistad en su carne, derribando el muro de separación.

Fue por carecer de la presencia de Jesucristo en el corazón mediante una fe viviente, por lo que depositaron su confianza en esas otras cosas para la salvación. Careciendo de Cristo para efectos de salvación, se entregaron a esas otras cosas, a fin de alcanzar la justicia mediante ellas. De esa forma, tomaron los medios que Dios había señalado para otros propósitos: tomaron los diez mandamientos, la circuncisión, los sacrificios y ofrendas, los holocaustos y las ofrendas por el pecado; tomaron todo eso que Dios había dado con otro propósito, y lo emplearon para obtener la salvación por su medio, para lograr la justicia mediante aquellas prácticas.

Ahora bien, no podían obtener justicia alguna en la realización de aquellas cosas; no podían encontrar paz ni satisfacción para el anhelo del corazón, ya que {la justicia} no está allí; todo procedía de ellos mismos. En consecuencia, a fin de poder estar seguros, tuvieron que expandir aquellas cosas que Dios había señalado y dispuesto, multiplicándolas hasta resultar en diez mil minucias y distinciones particulares, y eso a fin de asegurarse de poseer exactamente esa justicia por la que se esforzaban. Pero no había satisfacción en ninguna de aquellas cosas; seguía faltándoles la paz del corazón, lo que les llevó a añadir innumerables regulaciones de su propia invención. Era ceremonialismo de principio a fin, y la finalidad buscada era hacerse justos en la realización de aquellas cosas.

Pero fuera de la fe en Jesucristo no hay nada que pueda hacer al hombre justo, y ninguna otra cosa puede mantenerlo así. Ellos carecían de dicha fe; no tenían a Cristo morando en el corazón mediante una fe viva, de forma que la virtud del propio Cristo brillase en sus vidas mediante aquellas cosas que Dios había dispuesto, que el propio Cristo había dispuesto con ese propósito. En consecuencia, cuando procuraban obtener

la justicia por medio de aquellas cosas que eran simplemente la expresión de su propio yo puesto a la obra, se perdían la auténtica justicia y el yo iba edificando eso que el testimonio identifica tan a menudo como el “muro de separación”, la “pared divisoria”, “exacciones arbitrarias”, “levantar un cerco”, según expresiones repetidas una y otra vez en toda forma concebible.

¿Qué hizo que se levantara tal muro? ¿Fue Dios quien lo erigió? -No. ¿Quién fue? -Ellos mismos. ¿Qué fue en ellos lo que lo produjo? -El yo. Y ese yo, como tantas veces hemos visto, es enemistad contra Dios; no se sujeta a la ley de Dios ni puede realmente hacerlo. Leemos que los discípulos “consideraron que a fin de demostrarse leales a su nacionalidad debían manifestar enemistad hacia los samaritanos”. ¿Adquirirla? -No: manifestarla, adherirse a ella.

Puesto que esa enemistad -que es simplemente la expresión del yo- fue la responsable del levantamiento de ese muro de separación, cuando Jesús quiso derribarlo y aniquilarlo, ¿cuál podría ser la única manera efectiva de lograrlo? ¿Es comenzando por arriba, nivel a nivel, como se derriba un muro o un edificio, o quizá comenzando la demolición hacia la mitad de su altura? -No. Se empieza por los fundamentos y se hace caer toda la estructura; es así como se logra la demolición de un muro o de un edificio.

Jesucristo quería abolir todo aquello, quería eliminar totalmente aquel muro y convertirlo en ruinas, por lo tanto, atacó sus fundamentos. Y puesto que el motor, el fundamento de aquella absurda pared era la enemistad, Jesús la hizo caer “aboliendo en su carne *la enemistad*”, y junto con ella “la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas”.

[Sr. Gilbert: La propia palabra “justicia” resultó pervertida, de modo que ahora se considera que el justo es quien da limosna: al darla, obtiene en ello la justicia].

El hermano Gilbert, hebreo de nacimiento y ciertamente judío, nos hace saber que esa misma idea persiste aún hoy entre los judíos; que la palabra “justicia” y el concepto de justicia se ha pervertido, significando simplemente lo que uno recibe como consecuencia de haber hecho algo, de haber dado limosna u otro tipo de buena obra. Se trata de justicia por las obras, por lo que uno hace *sin Jesucristo*. Es puro ceremonialismo, y es tan malo para los adventistas del séptimo día hoy como lo fue para cualquier fariseo en Judea hace mil ochocientos años. Esa es la posesión de todo el que hace profesión de cristianismo sin Cristo; es la apariencia de piedad desprovista del poder; es solamente el fruto de la enemistad, eso es todo.

Allí donde esté presente la enemistad, habrá ceremonialismo. No se lo puede desechar sin eliminar la enemistad, y por tanto tiempo como la enemistad esté allí, se hará notar. En algunos ámbitos se manifiesta como racismo, en otros como nacionalismo, como la línea germánica, la línea escandinava, etc. Si se les permitiera desarrollarse en su plenitud, habría tantas líneas en el mensaje del tercer ángel como colores y nacionalidades hay en el mundo. Pero en Jesucristo jamás puede darse una cosa así, y si no estamos en Jesucristo, ciertamente no estamos en el mensaje del tercer ángel.

La enemistad queda abolida en Jesucristo; en consecuencia, en él no existen líneas divisorias; no hay una línea germánica, escandinava o la línea que sea. No hay blanco ni negro, no hay alemán, francés, escandinavo, inglés o nacionalidad alguna, sino

Jesucristo manifestado en todos, mediante todos y en todos vosotros. Pero esas divisiones no serán erradicadas -ni siquiera entre los adventistas del séptimo día- a menos que previamente se haya eliminado la enemistad mediante una fe viva en Jesucristo que le entregue a él la voluntad a fin de recibir esa imagen divina viviente de la que nos habló el hermano Prescott anoche. Ese es el punto en el que estamos, y eso es verdad presente tanto para los adventistas del séptimo día como para los demás. Continúa tratándose del mismo clamor: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades”.

Tenemos otra palabra al respecto. Presenta el cuadro completo en sus dos fases:

Por aquel tiempo los israelitas habían llegado a considerar los servicios relacionados con los sacrificios como si tuvieran en ellos mismos virtud para expiar el pecado. De esa forma habían perdido de vista a Cristo, a quien señalaban esos servicios. Dios les enseñaría que todos esos servicios carecían por ellos mismos de valor tal como sucedía con la serpiente de bronce. Igual que en el caso de esta, habían de dirigir sus mentes a Cristo, la gran ofrenda por el pecado. Fuese para sanar de la picadura {de la serpiente} o para el perdón de los pecados, nada podían hacer por ellos mismos excepto manifestar fe en el remedio que Dios había provisto. Habían de mirar y vivir {GCB 5 marzo 1895}.

Observad ahora la verdad *presente*:

En la era cristiana se cuentan por miles los que han caído en un error similar al del pueblo judío. Creen que han de depender de su obediencia a la ley de Dios para recomendarse a su favor {*Id.*}.

¿Quiénes son los que han caído en un error similar al de los judíos? -Los que piensan que han de depender de su obediencia a la ley a fin de recomendarse al favor de Dios. ¿Es vuestro caso? ¿Habéis conocido a alguien así en algún momento de vuestra vida? Gracias a Dios por haber derribado el muro de separación.

Se ha perdido de vista la naturaleza e importancia de la fe, y ese es el motivo por el que a tantos les cuesta creer que Cristo es su Salvador personal {*Id.*}

Es la fuerte pulsión de esa enemistad -que no cesará hasta haber sido crucificada, muerta y enterrada con Jesucristo- la que exclama: ‘Tengo que hacer algo: no soy lo suficientemente bueno como para que Dios se agrade de mí. Él no tiene la bondad suficiente como para atender a alguien tan malo como yo. Tengo que hacer algo para pavimentar el camino, para romper las barreras que hay entre él y yo; he de hacerme lo suficientemente bueno como para que él me mire con favor. Por consiguiente, debo guardar los mandamientos y los voy a guardar; voy a firmar un pacto, voy a establecer un acuerdo y lo voy a cumplir’. Y entonces tratáis de llevarlo a efecto con toda la determinación de que sois capaces.

Voy a leer un pasaje del libro “Vida de Pablo”, de Farrar (p. 40):

Los sacerdotes judíos habían deducido -y enseñaban- que si alguien no se sentía inclinado a hacer tal o cual cosa, debía obligarse a sí mismo mediante un voto.

Era literalmente así: aunque tu corazón no quiera, tienes que hacerlo de todas formas puesto que es lo correcto -y tú quieres hacer lo correcto-, por lo tanto firmamos un pacto, hacemos un voto. ‘Puesto que he establecido el pacto, ahora estoy obligado a

cumplirlo, no me queda otro remedio. No tengo disposición alguna, es como un yugo de servidumbre, pero dado que me he comprometido, he de ser fiel al voto'. Eso es ceremonialismo y surge de la enemistad que se origina en el yo.

Se cuentan por miles los que en la era cristiana han caído en un error similar al del pueblo judío. Creen que han de depender de su obediencia a la ley de Dios a fin de recomendarse a su favor. Se ha perdido de vista la naturaleza e importancia de la fe, y ese es el motivo por el que a muchos les cuesta creer en Cristo como su Salvador personal {GCB 5 marzo 1895}.

Cuando crees en Cristo como tu Salvador personal, cuando en tu corazón vive y reina la fe verdadera, no necesitas votos para forzarte a hacer esto o aquello. No; el corazón exclamará siempre con alegría: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón".

Jesús derribó la pared divisoria. Abolió en su carne esa enemistad que se opone a la fe y que mantiene al hombre separado de Dios. Abolió esa enemistad que habría mantenido al hombre alejado de Cristo, que habría interpuesto alguna otra cosa, cualquier cosa en lugar de Cristo; eso que lo hace depender de alguna otra cosa y de cualquier otra cosa bajo el sol para ser salvo -cualquier cosa que no sea Cristo-; pero fuera de él, nada hay bajo el sol, sea en el cielo, en la tierra o en cualquier otro lugar, capaz de salvar. Sólo Cristo y la fe en Cristo pueden hacerlo. Sólo en él hay salvación. Y si alguien tiene la expectativa de ser salvo por lo que llama fe en Cristo, *más alguna otra cosa*, sigue tratándose del mismo viejo ceremonialismo; sigue siendo el fruto de la enemistad. El hombre no se salva por la fe en Cristo y *algo más*.

A algunos puede parecerles exagerado, por lo tanto, leeré la continuación:

Cuando se les pide que miren a Jesús por la fe y que crean que sin ninguna buena obra de su parte él los salva únicamente por los méritos de su sacrificio expiatorio, muchos comienzan a dudar. Como Nicodemo, exclaman: "¿Cómo puede ser eso así?"

Sin embargo, nada se enseña con mayor claridad en las Escrituras. Aparte de Cristo, "en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12). El hombre no tiene nada que presentar como expiación, nada con que satisfacer la justicia divina, única a la que la ley dará su aprobación. Incluso si fuera capaz de guardar perfectamente la ley a partir de cierto momento, eso no podría expiar sus transgresiones pasadas.

La ley exige del hombre obediencia perfecta durante toda su vida, por lo tanto, a él le resulta imposible mediante su futura obediencia expiar siquiera un solo pecado. Si la gracia de Cristo no renueva el corazón, somos incapaces de obedecer la ley de Dios. Nuestros corazones son malos por naturaleza, ¿cómo, pues, podrían producir lo que es bueno? "¿Quién hará puro lo inmundo? ¡Nadie!" (Job. 14:4). Todo cuanto el hombre puede hacer sin Cristo está contaminado con el egoísmo y el pecado. Por consiguiente, todo el que pretende alcanzar el cielo mediante sus obras al guardar la ley, está procurando una imposibilidad. Es cierto que el hombre no puede ser salvo en la desobediencia, pero sus obras no han de ser suyas. Cristo ha de obrar en él el querer y el hacer según su buena voluntad. Si el hombre pudiera salvarse a sí mismo mediante sus propias obras, podría tener algo en sí mismo de qué jactarse, pero es sólo mediante la gracia de Cristo como podemos recibir poder para realizar una acción justa.

Algunos se equivocan al pensar que el arrepentimiento posee un valor tal como para expiar el pecado, pero eso no es posible. De forma alguna se puede aceptar el

arrepentimiento como una expiación. Y hay más: es imposible que se dé el arrepentimiento sin la influencia del Espíritu de Dios. Se ha de impartir la gracia, el sacrificio expiatorio ha de hacerse efectivo en el hombre antes que este pueda arrepentirse.

El apóstol Pedro declaró respecto a Cristo: "A este, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hech. 5:31). El arrepentimiento viene de Cristo tan ciertamente como el perdón. El pecador no puede dar el primer paso en el arrepentimiento sin la asistencia de Cristo. Dios hace que primeramente se arrepientan aquellos a quienes perdona.

Nada excepto la fe en Jesucristo -y solamente en él-, nada fuera de eso salva el alma, y ninguna otra cosa la mantiene salva. El gran problema con los judíos de principio a final consistió en tener tan alejado al Señor, que incluso hasta las cosas que les había dado para enfatizar su perfecta *cercanía*, fueron tomadas y utilizadas como indicativos de que estaba *muy alejado*. Los sacrificios, las ofrendas, el tabernáculo, el templo, sus servicios, todas esas cosas fueron empleadas por parte de los instructores judíos y por el pueblo, de forma que para ellos todos esos servicios apuntaran a un Cristo que estaría en alguna parte lejana. Se las comprendió como señalando al Mesías, pero un Mesías muy alejado. Se requería que se hicieran buenos a fin de traerlo cerca, y esas cosas eran vistas como si poseyeran virtud por ellas mismas, y por consiguiente dotadas con la capacidad de proporcionarles justicia.

No estoy seguro de que los adventistas del séptimo día hayan superado esos conceptos que se resumen en un Cristo alejado. No estoy sugiriendo que los adventistas del séptimo día piensen que Cristo está ahora alejado. Al considerar el santuario {terrenal} y sus servicios, con sus sacrificios y ofrendas, temo que sigan creyendo que el propósito de ello era enseñarles acerca de un Cristo oculto en algún lugar remoto. Solemos repetir que todas esas cosas señalaban a Cristo, y ciertamente es así; pero evocaban a un Cristo cercano, no alejado. Era el propósito de Dios que captasen la idea de Cristo viviendo en sus corazones, no alejado 1.800 años, no tan distante como los cielos de la tierra, sino presente en su experiencia vital cotidiana. Cuando comprendemos y nos atenemos a ese concepto, y estudiamos posteriormente el santuario, los sacrificios y ofrendas: el evangelio tal cual lo presenta Levítico, veremos que se centraba en un Cristo vivo y presente como su Salvador en el día a día. Y veremos que lo mismo sucede también para nosotros hoy.

Hay evangelio, hay experiencia cristiana para nosotros hoy en Levítico, en Deuteronomio, en Génesis, en Éxodo y en toda la Biblia. Pero cuando leemos esos pasajes y afirmamos que esos sacrificios y ofrendas se referían a un Cristo que estaba alejado de los judíos, y que era de esperar que mirando a través de esos servicios pudieran divisar a un Cristo que vendría de alguna forma en un futuro incierto y distante; cuando leemos esas escrituras y las interpretamos de ese modo, las estamos leyendo precisamente de la forma en que lo hicieron los judíos, y tomamos la misma postura que ellos sostuvieron entonces acerca de esas escrituras.

Eso nunca funcionará. No debemos mirar al santuario con su mobiliario y parafernalia, tal como Dios lo estableció, estando su propia presencia en él, y pensar que todo eso les había de enseñar que Dios moraba solamente en el santuario celestial. Cuando lo vemos de esa forma es inevitable que pensemos que eso es todo lo cerca que puede estar también de nosotros ahora, puesto que eso es todo lo cerca que le concedemos haber

estado de ellos. Si en su caso lo vemos de esa forma, de habernos encontrado allí personalmente en la misma situación, ¿cómo lo habríamos comprendido nosotros? - Igual que ellos, lo que demuestra que de habernos encontrado allí habríamos seguido la misma conducta que ellos.

Existe la tendencia, incluso entre nosotros, a considerar el santuario y sus servicios, a Dios morando en el santuario, a leer el texto: “Harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos”, y pensar: ‘Sí, Dios moraba entre ellos en el santuario, lo que dirigía la atención al santuario en el cielo, y llegará el momento en que Dios volverá a morar con su pueblo, ya que dice en referencia a la tierra nueva: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo”, por lo tanto, en la tierra nueva Dios va a morar de nuevo con su pueblo’. Pero *¿dónde está Dios ahora?* Eso es lo que queremos saber. ¿Qué importancia tiene para mí que él morara con los judíos en Jerusalem hace dos o tres mil años? ¿Qué importancia tiene que él vaya a morar con su pueblo en la tierra nueva? ¿Qué importa todo eso, si ahora no mora en mí? Si es que ahora no puede morar en mí, entonces tampoco podrá morar conmigo en la tierra nueva ni en el lugar que sea. De lo que quiero estar seguro, y cada alma necesita esa misma seguridad, es de que mora en mí *ahora*. Si lo situamos años atrás, relegándolo a la época de los judíos, para alejarlo a continuación en el futuro de la tierra nueva, ¿qué bien nos hace a nosotros ahora?, ¿cómo afecta eso ahora al ser humano? Tal ha de ser el objeto constante de nuestro estudio.

Podéis, pues, ver que aquel sistema de ceremonialismo encerraba mucho más que simplemente algo pasajero que inquietó a los judíos por algún tiempo, para desvanecerse después. La naturaleza humana sigue siendo constantemente asediada de forma semejante mientras el diablo viva, tan ciertamente como el corazón humano alberga esa enemistad. Esa mente que no se sujeta a la ley de Dios ni puede hacerlo, tan ciertamente como exista en el mundo y por tanto tiempo como esté en él, lo maldecirá con el ceremonialismo. Y por tanto tiempo como haya algo de eso en mi corazón, pesará sobre él la maldición del ceremonialismo.

Lo que se espera de nosotros es que hallemos tal liberación en Jesucristo, una victoria y una exaltación hasta la diestra de Dios en el cielo tan absolutas *en él*, que en él esa enemistad sea completamente aniquilada en nosotros. Entonces estaremos libres de ceremonialismo, de tradiciones y mandamientos de hombres, y de hombres que pretenden ser nuestra conciencia. (Ver disertación del hermano Durland en la página 167 del BULLETIN). Se dice: ‘Tienes que hacer esto o aquello, o de lo contrario no puedes ser salvo’. Pero la realidad es otra: ‘Cree en Jesucristo, o de lo contrario no puedes ser salvo. Ten verdadera fe en Jesucristo y serás salvo’.

Se trata de la misma batalla que se luchaba en los días y en la obra de Pablo. El apóstol predicaba solamente a Jesucristo para la salvación. Pero le vigilaban ciertos fariseos “que habían creído”, protestando así: ‘Está bien creer en Jesucristo, pero hay algo más. Has de ser circuncidado y guardar la ley de Moisés; en caso contrario no puedes ser salvo’. Aquel desafío perduró por años, y Pablo luchó siempre contra eso. No cedería ni por el espesor de un cabello, no admitiría compromiso alguno al respecto: “Si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo”. “Los que por la ley os justificáis, de la gracia habéis caído”. ¡Nada; nada excepto Cristo y la fe en él! Finalmente lo hicieron comparecer ante el concilio y allí el Espíritu de Dios decidió que Cristo, y no el

ceremonialismo, es el camino de la salvación. Esos son los hechos. De una parte, el intento por imponer el ceremonialismo en la cristiandad, o mejor dicho: implantarlo en lugar de la cristiandad; de la otra parte, el principio vital de Jesucristo mediante una fe viva que actúa en la vida y corazón de quienes creen en él.

Hay una gran diferencia entre el ceremonialismo y ese principio. Jesucristo quiere que lo encontremos a él de una forma tan plena y personal, que los principios vitales de la verdad de Dios tales como son en Jesucristo sean nuestra guía, y que esos principios vivientes, brillando en la vida del hombre mediante la gloria de Jesucristo, nos guíen a cada instante, de forma que sepamos qué hacer en toda ocasión. Entonces no será necesario que tomemos resoluciones o votos para obligarnos a hacer esto o lo otro. Esa es la diferencia entre el ceremonialismo y el principio de la presencia viviente de Cristo en el corazón. El primero es todo él formalismo y servicio exterior desprovisto de Cristo; el otro es todo en Cristo: Cristo, el todo y en todos.

A fin de comprenderlo mejor, veamos de nuevo lo que los judíos estaban entonces haciendo en los servicios del templo -en los sacrificios y ofrendas-. Bien sabemos que el santuario -el templo- era una representación del santuario celestial, que los sacrificios eran una representación del sacrificio de Cristo y que el sacerdocio con sus servicios eran una representación del sacerdocio de Cristo. En todas esas cosas Dios les estaba instruyendo -a ellos y a nosotros- acerca de sí mismo tal como queda revelado en Cristo. Primeramente se trató de un santuario, para venir a ser más tarde el templo que estuvo sobre el monte Sión en Jerusalem. A partir de lo anterior Dios les enseñó que allá lejos está el verdadero templo, en el monte Sión de la Nueva Jerusalem. Dios moró en aquel templo edificado sobre el monte Sión en Jerusalem -en Palestina-; y en ello les mostró que él moraba allá lejos, en el templo del monte Sión, en la Jerusalem celestial.

Y declaró también -y es cierto de ambos lugares y en los dos aspectos-: “Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: ‘Yo habito en la altura y la santidad...’” ¿Habita en algún otro lugar?: “...pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isa. 57:15). ¿Cuándo es eso cierto? Estamos retrayéndonos muy atrás en el tiempo. ¿Cuándo es que moraba “con el quebrantado y humilde de espíritu” tanto como “en la altura y la santidad”? ¿Era eso cierto setecientos años antes de Cristo, cuando Isaías hablaba? -Efectivamente. Pero ¿comenzó Dios solamente *entonces* a morar con el quebrantado y humilde de espíritu tanto como en la altura y la santidad en el monte de Sión? -No.

¿Era cierto mil años antes de Cristo, cuando hablaba David? -Sí. ¿Fue entonces cuando comenzó a hacerlo? -No. Mil cuatrocientos años antes de Cristo, cuando Moisés escribía y enseñaba al pueblo, ¿moraba Dios ya con el quebrantado y humilde de espíritu? -Sí. ¿Fue entonces cuando comenzó a hacerlo? -No. Dios mora siempre -eternamente- en ambos lugares: con el quebrantado y humilde de espíritu, y en la altura y la santidad.

¿Acaso Dios, en aquel templo terrenal, no les enseñaba acerca de su morada en el país celestial, tanto como en el templo que había en esta tierra? -Ciertamente. Ante sus ojos se elevaba el monte Sión de esta tierra, en representación de su homónimo celestial, tal como Dios lo presentó ante los ojos de ellos por la fe. En el monte Sión, en la zona más alta y exaltada de la Jerusalem terrenal, se erigía el templo en el que moraba Dios. Y en

ello les estaba mostrando que él no sólo moraba allí, sino en el templo del corazón, en el santuario del alma del quebrantado y humilde de espíritu. Estableciendo aquel templo entre los hombres pecaminosos y morando él mismo entre ellos, les estaba enseñando también la forma en que iba a morar en el templo del cuerpo de Cristo, rodeado de hombres pecadores y en carne pecaminosa.

Existía asimismo el sacerdocio del templo terrenal situado sobre el monte Sión en Jerusalem. Lo mismo es cierto del santuario de Silo, en el desierto. Representaba en verdad el sacerdocio de Cristo; ahora bien ¿era eso la representación del sacerdocio de Cristo antes del año 1?, ¿debiéramos pensar que representaba solamente un futuro sacerdocio de Cristo que estaba aún alejado en el tiempo? -No. Aquel sacerdocio en Jerusalem y en el santuario del desierto, ¿representaba un sacerdocio que existía ya según el orden de Melquisedec? ¿Dice la Escritura: “Tú *serás* sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”? -¡No dice eso! “Tú *eres* sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. ¿No era Melquisedec sacerdote en los días de Abraham? ¿No es acaso eterno el sacerdocio de Cristo, según la orden de Melquisedec?

¿No veis, pues, que todo ese sistema de servicios dado a Israel tenía por objeto enseñarles la presencia de Cristo *allí y entonces* para salvación presente de sus almas, y no para la salvación de sus almas mil ochocientos, dos mil o cuatro mil años más tarde?

Siempre ha sido el engaño de Satanás, y en él ha concentrado sus poderes, hacer creer que Cristo está tan alejado como sea posible imaginar. Cuanto más lejos pongan los hombres a Cristo -incluso los que profesan creer en él- tanto más satisfecho está el diablo. Entonces despertará la enemistad que hay en el corazón natural y la pondrá a la obra de fomentar el ceremonialismo, que quedará establecido en el lugar de Cristo.

Existía también la circuncisión. ¿Era la señal de algo que vendría más tarde en algún tiempo? -No. Era la señal de la justicia de Dios que obtenían por la fe, y que estaba allí presente en quienes creían y cuando creían. Así lo fue para Abraham, y era el propósito de Dios que lo fuese igualmente para todo hombre. Pero en lugar de eso la convirtieron en una señal de la justicia por la propia circuncisión, por las obras. Haciendo así dejaron a Cristo totalmente al margen, poniendo la circuncisión en lugar de él. La circuncisión era una señal de la justicia de la fe {Rom. 4:11}. Pero ellos no tuvieron fe, y en consecuencia la convirtieron en una señal de la justicia obtenida de alguna otra forma. Entonces vino a ser solamente una señal de egoísmo.

Dios les dio su ley -los diez mandamientos-, ¿lo hizo a fin de que obtuvieran la justicia mediante ella? -No, sino para que dicha ley testificara de la justicia que habían obtenido mediante la fe en Jesucristo morando en el corazón. Esa era entonces la función de los diez mandamientos: precisamente la misma que ahora.

¿Acaso los sacrificios que se ofrecían no eran un tipo de Cristo? -Ciertamente. Pero eran un tipo de Cristo en el presente, mediante la fe. ¿No es Cristo el cordero inmolado desde el principio del mundo? ¿No fue Cristo el don de Dios desde antes que el mundo existiera? Por lo tanto, cuando dispuso que los hombres ofrecieran sacrificios de ese modo -desde Adán hasta todos los demás, durante el tiempo en que se debían ofrecer de esa forma-, ¿qué estaba haciendo, excepto enseñarles que eso simbolizaba el gran sacrificio que Dios había hecho ya por ellos, y del que estaban ya disfrutando la bendición al tener en el corazón ese don que es Jesucristo?

No es preciso que continuemos. Lo dicho basta para ilustrar el punto. ¿No está claro que todo cuanto Dios les dio en su día tenía por objeto enseñarles acerca del Salvador personal, viviente y presente con ellos, con tal que lo recibieran? Y todo cuanto tenían que hacer para recibirlo es creer en él. Les fue predicado el evangelio, pero “a ellos de nada les sirvió haber oído la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (Heb. 4:2). “Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (vers. 1). ¿Por qué no la alcanzaron entonces? -Porque no vieron a Cristo presente, crucificado juntamente con ellos, en los servicios que estaban realizando.

Cuando leemos acerca de esas cosas y las estudiamos -el santuario, por ejemplo- y vemos esos tabloncillos, encajes y cortinas, siendo todo ello simbólico de algo alejado en el cielo, si es eso todo cuanto vemos, no apercibiendo ni reconociendo en ello a Cristo en nuestra experiencia personal, ¿en qué somos diferentes a ellos? No me refiero a que seamos como ellos en el desempeño de aquel ritual; mi reflexión es que cuando alguien lo observa hoy *viéndolo de esa misma manera*, ¿en qué se diferencia de los judíos de antaño? -En nada. ¿Está Cristo aún alejado? -No: “Ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros”. ¿Qué significa “lejos”? No dice que no esté *muy* lejos, sino que *no está lejos*. Tan pronto como encontremos la definición de no estar lejos, hemos hallado el significado de “cerca”. Cristo está cercano a cada uno de nosotros, y siempre lo ha estado. Estaba igualmente cerca de ellos, y siempre lo estuvo. Pero la incredulidad les impidió verlo cercano. En todos esos servicios que él les dio, así como en los que nos ha dado a nosotros, quiere que todos veamos la proximidad del Cristo viviente morando en el corazón y brillando en la vida cotidiana. Eso es lo que quiere que todos veamos y es la forma en que él quiere que lo veamos.

Otra cuestión: ¿Cuál fue la causa de todo el problema? ¿Qué hizo que Cristo quedara alejado, convirtiendo en ceremonialismo los servicios sagrados y vivientes de Dios? -La “enemistad”. Fue el yo, la enemistad del yo, la que causó todo aquello. Ese yo se expresó en incredulidad, dado que no se sujeta a la ley de Dios ni puede hacer tal cosa. Eso puso un velo delante de sus ojos, de forma que fueran incapaces de ver más allá de lo que estaba ante ellos, incapacitándolos así para comprender cuál era el objetivo final.

No podían comprender cuál era *la finalidad*, “*el fin* de aquello que había de desaparecer” (2 Cor. 3:13). Y no es porque la finalidad pretendida estuviera tan alejada como para impedir que la divisaran desde el punto en que ellos estaban; de ninguna forma estaba ahí la dificultad. No podían ver el objetivo final de todo aquello, no podían ver cuál era el propósito en lo relativo a ellos mismos en aquel momento. Tenemos una gran facilidad para dar a esa expresión {2 Cor. 3:13} el sentido de estar señalando algún acontecimiento tan lejano como para imposibilitar que se hicieran una idea de cuál podía ser su finalidad. Esa comprensión es totalmente incorrecta. No; esas cosas que estaban ante sus ojos tenían el propósito de hacerles ver lo que estaba muy próximo a ellos: el propio Cristo presente de forma personal con ellos, morando en sus corazones en aquel mismo tiempo. Tal era el objeto buscado, la finalidad y el propósito de todo ello.

Así, por medio de la enemistad, la incredulidad que llevaba al formalismo cegó su vista y puso un velo ante sus ojos, de forma que no pudieran captar el significado, el propósito de aquello que sería abolido. Y por tanto tiempo como el corazón del hombre

albergue aún hoy esa enemistad, se manifestará en incredulidad y pondrá un velo ante *su* vista, impidiéndole ver la finalidad de aquellas cosas que fueron abolidas. No podrá comprender que el propósito de ellas era la presencia viviente de Cristo en el templo del corazón de forma cotidiana, mientras tenía lugar el servicio. Cristo es el significado de todo ello, y Cristo no está alejado. El objetivo y finalidad de todas aquellas cosas es algo muy cercano, sin embargo no pueden verlo. ¿Por qué? Leamos ahora 2ª de Corintios capítulo tres, comenzando por el primer versículo:

¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres. Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra...

“Letra...” ¿de qué? -Del “nuevo pacto [testamento]”. Ellos tenían la letra de ese pacto, ¿no es así? Tenían la letra de ambos, el viejo y el nuevo; pero la letra es todo cuanto tenían, y era en la letra como lo tenían.

Nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata...

¿Cuál es la letra que mata? -¡La del nuevo pacto o testamento, lo mismo que cualquier otra letra! Aquí tengo un libro. Contiene bastantes letras, que no son más que formas que expresan ideas. Esas letras no son las ideas, sino las formas que las contienen y que nos las transmiten a nosotros. Aquellas cosas eran la letra: las formas que contenían las ideas, el espíritu y la gracia de Dios. Es así, pero en todas ellas no vieron más que la letra. ¿Captaron la idea, la gracia, el espíritu? -No; sólo la forma, la letra, tal como leemos en Romanos 2:20: “Tienes en la ley *la forma* del conocimiento y de la verdad”. Tenemos la ley de Dios. Considerémosla tal como la ve el hombre en la letra: esa es la *forma* -la perfecta forma- del conocimiento y de la verdad. Considerémosla ahora tal cual es en Jesucristo, y entonces obtenemos la propia *substancia*, la idea completa, con toda su gracia y espíritu.

A fin de que lo podáis ver leeré una de las mejores expresiones que he encontrado al respecto: “Al mundo le fue presentada la justicia de la ley en el carácter de Cristo” {ST 9 junio, 1890}. En la letra de la ley encontramos la forma de esta. Cuando el hombre la mira tal como está escrita en tablas de piedra o en una hoja de papel, aprecia la forma del conocimiento y la verdad, pero en Cristo tenemos la perfecta substancia y la idea misma. En la letra encontramos el perfecto patrón, la forma perfecta del conocimiento y la verdad; no obstante, se trata sólo de la forma. En Cristo obtenemos la substancia y la idea misma del conocimiento y de la verdad expresados en las palabras, en la letra, que constituye la forma que contiene la verdad. Así pues, mientras que la letra mata, “el espíritu vivifica”. ¡Gracias a Dios por ello!

Si el ministerio de muerte grabado con letras en piedra fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa del resplandor de su rostro, el cual desaparecería, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu?... no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro.

¿Qué hacía necesario que hubiera un velo ante su rostro? ¿Se trataba de evitar que los israelitas pudieran discernir? ¿Era para impedirles que comprendieran el propósito de aquello? -No. El velo se debía a que “el entendimiento de ellos se embotó”. Cuando Moisés descendió del monte, su rostro brillaba con la gloria de Dios. Pero la pecaminosidad de ellos era la consecuencia de su incredulidad, que a su vez estaba causada por la enemistad; eso hacía que aquel brillo que reflejaba la gloria de Dios los atemorizara y que huyeran de él. Cuando Moisés descubrió por qué rehusaban acercarse, se cubrió el rostro con un velo. Y aquel velo estaba allí solamente *debido al velo que tenían en sus corazones* mediante la incredulidad. ¿Lo captáis?

Ellos no podían entender el propósito de aquel resplandor en el rostro de Moisés. ¿Por qué? -Porque sus mentes estaban cegadas {“el entendimiento de ellos se embotó”}. Ahora, ¿estaban cegadas sus mentes solamente allí y en aquella ocasión? -No, “porque hasta el día de hoy... les queda el mismo velo sin descorrer”. ¿Cuándo? ¿Dónde? -El velo sigue estando allí “cuando leen el antiguo pacto”.

“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado”, porque en Cristo queda abolida la enemistad que tuvo su origen en la incredulidad.

El entendimiento de ellos se embotó, porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo sin descorrer, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado.

¿A cuántos corazones afecta ese velo? -A todo corazón natural, ya que la mente del corazón natural {“los designios de la carne”} es enemistad contra Dios; no se sujeta a la ley de Dios ni puede hacerlo. “El Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”. ¿Dónde? -En él, en quien encontramos la abolición de esa enemistad, la demolición de ese formalismo, la aniquilación de todo ceremonialismo, en quien encontramos vida y luz: la brillante gloria de Jesucristo. En él hay libertad. En el antiguo testamento, en los servicios que el Señor había dispuesto, en los derechos y formas que les dio, vemos a Cristo; y en la práctica de todo lo que se había estipulado veremos sólo la expresión del amor de Cristo que mora ya en el corazón por la fe.

Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.

Me alegra sobremanera que el Señor haya abolido el formalismo. Él ha derribado, demolido y convertido en ruinas el muro divisivo que separaba a unos hombres de otros, quitándolo del camino, clavándolo en la cruz. Cuando nosotros somos clavados en él y con él en la cruz, queda abolida nuestra enemistad y derribado el muro, de forma que somos uno en Jesucristo; Cristo lo es todo en todos; y eso es así a fin de que Dios pueda ser el todo en todos.